

EL CASTELLANO

SEMENARIO CATÓLICO

Redacción y Administración.

Calle de Núñez de Arce, núm. 7

Anuncios económicos.

Se publica los jueves.

PAGO ADELANTADO.

Suscripción.

Un año.....	8,00 pesetas.
Número suelto.....	0,05
Idem atrasado.....	0,10

TODOS ALLÁ

Hasta los más humildes podemos acudir a esto, que á esto somos llamados todos, como á Misa ó á la guerra. Para todos brota del *Quijote*, como de fuente inexhausta, ese dulce raudal de la risa, que fecunda y hace florecer la vida; de él bebe la gente hace tres siglos, y la vena de agua no lleva trazas de ser restañada.

De esta feria que hoy celebramos junto á la fuente mágica, á sombra del más alto y frondoso laurel, podremos llevar á casa varias cosas que ya iban haciendo en ella mucha falta: algo de amor de Dios, quien puede hacer perdurable una cosa tan efímera como la memoria de un hombre; algo de respeto á lo que fué, como la mejor garantía del amor á lo que es; y, en fin, un buen repuesto de españolismo y de buen sentido, cuya falta traía tan palidas y deamedradas á la vida nacional y á sus letras.

Enrique Menéndez.

España y Cervantes.

España, vuelve en sí de su letargo: Y hora es ya, y hora es ya de que despierte La patria de los Cides y Guzmanes, Aliva un día y poderosa y fuerte. España, vuelve en sí. ¿Qué voz la anima Que sus fuerzas parece que recobre La ayer reina y señora de dos mundos Hoy desgraciada y pobre? ¿Qué enardece su espíritu abatido? ¿Qué grito vigoroso es el que estalla? La amenaza otra vez huéste enemiga Y se aprresta de nuevo á la batalla! ¿Insensato quien pase sus fronteras! El noble pueblo ibero, Si nuevas tierras conquistar no puede, Con mano firme y matazor acero Aún sabe defender su patria y honra Cuando hollarlas pretende el extranjero.

¡Pero no! No es la guerra la que agita De muerte y destrucción la roja tea Y al pueblo ibero á combatir excita; No temáis: no es la guerra; es la Memoria que recuerda á la Iberia sus hazañas, Que un día fué de las naciones pasmo, Y al pensar en su antiguo poderío La despierta frenético entusiasmo. Es la Memoria, que afanosa acude A recordar á la nación hispana Su pasado esplendor y su grandeza, Sus caudillos valientes, Sus admirables hechos, Sus varones preclaros y eminentes. Y entre los muchos que su voz publica, Hoy de España los hijos, anhelantes, Aclamans y celebran y ensalzan A Miguel de Cervantes.

¡Ah! Pronunciar su nombre No es sólo recordar un genio ilustre, Ni la existencia singular de un hombre. Cervantes simboliza de su patria El ingenio, la fe, la bizarría, La altivez, el trabajo, la prudencia, El valor, la honradez y la hidalgüta.

Fué pobre, fué soldado y fué cautivo: Hé aquí el resumen de su larga historia. Sólo la muerte compasión le tuvo: Dióle descanso para darle gloria.

La envidia y la ambición no le cegaron, El trabajo fué ley de su existencia: Así es como, á pesar de su indigencia,

Pudo legar á la nación hispana El inmenso tesoro de su ingenio Y una joya á la lengua castellana.

Soldado valeroso y decidido, Por su patria y su fe luchó en Lepanto, Quedando en la batalla mal herido. Sin digna recompensa á su ardimiento Vió su vida pasar; y aquel soldado, Que con su sangre enrojó las olas, Al morir, por su patria es aclamado Caudillo de las letras españolas.

Cautivo fué en Argel, y con anhelo La vida expuso por lograr la dicha De volver á pisar el patrio suelo. El precio del rescato fué mezquino Para cautivo de tan gran valía, Y hasta que el mundo pueda Pagar por él la inestimable suma, En rehenes de una deuda tan sagrada Queda el mundo cautivo de su pluma.

¿Mas por qué tras dos siglos de abandono Fama recobra el peregrino ingenio? ¿Es que los hombres, que en su edad le hallaron, Ingratos, no premiaron sus virtudes O, ignorantes, sus obras no admiraron? Yo sólo sé que el implacable tiempo, Que extermina ciudades, Que destruye naciones, Que mata errores, que devora edades, Y en la razón, fundado, de los años, Quita vidas, amores, ilusiones... Y reparte dolor y desengaños; Cuando en su marcha encuentra Al hombre genio que á la Tierra viene, Como pretende avasallar todo Su indómita arrogancia, Al hallarle le envuelve y le confunde En su sombra de envidia y de ignorancia. Mas luego á cada paso Que imprime hacia adelante, Creyendo que apagado al genio deja, Huye la sombra, y cuanto más se aleja La aureola del genio es más brillante.

¡Bien haya el pueblo hispano que no olvida Los grandes hombres que su patria tuvo! Al rendir á Cervantes un recuerdo, Honra á las armas y á las letras honra, Y se engrandece él mismo, Demostrando que existe aún en su pueblo La hermosa gratitud y el patriotismo. Si el cautivo y soldado con su pluma Hizo á su patria admiración del mundo, Es justo que la patria lo agradezca, Y el agravio que al genio se hizo en vida Obtenga al fin reparación cumplida.

¡Llor á Cervantes, llor! ¡Honra á España! Grande es un pueblo y ejemplar su historia Cuando puedo escribir en sus anales Hechos y nombres de esplendente gloria. Grande es mi patria y perecer no puede, Si Dios no la destruye Con el poder de su temible rayo, Mientras recuerde con amor y orgullo Un veintidós de Abril y un dos de Mayo. *Genaro Ganóves.*

Algo acerca del libro Don Quijote de la Mancha. (1)

(Conclusión.)

Nada más contrario á la índole del genio de Cervantes como el carácter de burlón descreído, puesto que, como se ha visto, era profundamente religioso, y todas sus obras, en las que se halla representado el genio español, y cuanto se

(1) Véase el número anterior.

conoce de su vida concurren á persuadirnos de esta cualidad que adornaba su espíritu. Ni nada más opuesto á su carácter como el rebajar el espíritu caballeresco y la verdadera gloria militar, á no ser en nombre de una más grande y más pura gloria. Entusiasta encomiador de nuestra supremacía militar en el mundo de la que fué testigo y actor en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, todavía afligiese su alma de ver á los más de los caballeros que por entonces se asaban, crugirles antes los damascos y los brocados de que se vestían, que la maila con que se armaban. «Ya no hay caballeros, ponía en boca de su Ingenioso Hidalgo, que duerman en los campos, sujetos al rigor del cielo, armados de todas las armas; ya no hay quien su sacar los pies de los estribos, arrimado á su lanza, sólo procure descabezar el sueño.» «De éstos, ó tales como éstos, quisiera yo que fueran los de mi arbitrio; que á serlo, S. M., se hallara bien servido.» Tan elevado concepto tenía del espíritu caballeresco en sus relaciones con la gloria de las armas. Los pensamientos sobre el arte de la guerra, y las máximas de moral militar brotaban de su pluma con tanta espontaneidad y acierto, que antes bien parecían dictados por alguno de nuestros más célebres Capitanes. «Cosas lícitas y acostumbradas es en la guerra usar de ardid y estratagemas para vencer al enemigo.» «Ahora no hay que dudar sino que este arte y ejercicio excede á todos aquellos que los hombres inventaron; y tanto más se ha de tener en estima cuanto á más peligros está sujeta.» «Tanto alcanza de fama el buen soldado, cuanto tiene de obediencia á sus Capitanes y á los que mandarle puedan.» «Las heridas que se reciben en las batallas antes dan honra que la quitan.» «Las heridas que el soldado muestra en el rostro y en los pechos, estrellas son que guían á los demás al cielo de la honra y al desear la justa alabanza.» «Dos caminos hay hijos, por donde puedan ir los hombres á llegar á ser ricos y honrados: el uno es el de las Letras, y el otro el de las Armas.»

Y aún habrá quien diga que el que escribió estas cosas, al acabar con los libros de caballerías, mató, ó por lo menos hirió, el espíritu militar de nuestra patria y nadie pudo decirles con más autoridad que Cervantes, que abrazó la profesión militar, no por puro recurso, como sostienen algunos, sino á impulsos del amor que sentía por su patria que le brindaba, cerradas que fueron las heridas de Lepanto, con la idea de nuevas aventuras quijotescas, y de nuevo le llevaban á combatir en la jornada de Navarino y en la toma de Túnez, á las órdenes del propio D. Alvaro Bazán, á cuya memoria, como á la del gran D. Juan de Austria, tributó durante su vida culto fervorosísimo.

No se vé tampoco en el *Quijote* la reacción y la mofa contra el espíritu nacional de aquella época (1); por el contrario, siendo Cervantes hijo predilecto de España y de su tiempo, su libro había de ser la síntesis de este mismo espíritu, guerrero, religioso, lleno de realismo, y no por eso menos entusiasta de todo lo bello y grande. El ideal del perfecto caballero, cristiano, valiente y comedido, es el que resplandece en su inmortable obra, llenándola, perfumándola é iluminándola toda.

Ni pecaba tampoco de lo que hoy se llama liberal. «Al contrario, dice á este propósito don Juan Valera, en el *Quijote* y en otras obras suyas, dá frecuentes señales de entender del modo más absoluto el poder del Príncipe sobre la república.» Podríamos probarlo con muchos ejemplos, pero baste con citar el arbitrio que propone para que no se publiquen malas come-

dias; es á saber: que se nombre un censor, sin cuya aprobación, sello y firma, nadie se atreva á presentar comedia alguna. De suerte, que no sólo somete al Gobierno las ideas de los escritores, en cuanto pueden tocar á la moral, á la religión ó á la política, sino que le hace árbitro supremo del buen ó mal gusto en literatura. Y sabido es cómo entendía Cervantes que debía ser el poeta: «Si el poeta fuese casto en sus costumbres, lo será también en sus versos: la pluma es lengua del alma; cuales fueren los conceptos que en ella se engendraren, tales serán sus escritos; y cuando los Reyes y Príncipes ven la milagrosa ciencia de la poesía en sujetos prudentes, virtuosos y graves, los estiman, y aun los coronan con las hojas del árbol, á quien no ofende el rayo, como en señal que no han de ser ofendidos de nadie los que con tales coronas ven honradas y adornadas sus frentes.» De donde se infiere que el despotismo de Carlos V y de los dos Felipe no debió escandalizar á Cervantes, como se supone por algunos. Y no vaya á creerse por esto que rindió tributo al servilismo. Había en él un poderoso instinto de libertad y de altivez, y una independencia de carácter, propia entonces, como siempre, de los españoles, y particularmente de los que se precian de caballeros, hasta los que al mismo tiempo se precian de demócratas, que hacían imposible en su alma semejante carácter. Muestra esta altivez y esta independencia en aquellas palabras del *Quijote*, más sentidas, y menos de burla de lo que se piensa, en que declara exentos de toda ley á los caballeros andantes; «sus fueros, sus bríos, sus dramáticas, su voluntad.»

Del comentario filosófico poco hemos de decir, convencidos como estamos de la ausencia de profundidades ocultas y de que ninguna doctrina exotérica se contiene en un libro tan claro, que hasta los niños pueden entender. Bastará con indicar que ningún crítico español ni extranjero, entre los verdaderos admiradores del *Quijote*, ha descubierto rastro de aquella doctrina; siendo, por otra parte, muy extraño que durante tres siglos estuvieren ocultos en un libro tesoros de sabiduría, si no nadie se hubiera dado cuenta de ello. Además, si admitiésemos esa sabiduría disfrazada que algunos admiten, el disimulo de Cervantes no hubiera tenido explicación, á no suponer que su espíritu fuese contrario á la moral, ó á la fe, ó á la política de España en su tiempo, contra lo que llevamos probado.

Por último, nada más contrario á su carácter franco y altivo como el propósito de encerrar en una novela sencilla teoría alguna política con tendencias á una reforma social en todas sus relaciones, lo mismo en la milicia que en la Iglesia y que en la familia; tendencias que algunos le han atribuido, si bien habísimamente disimulada por no levantar persecución contra sus ideas. (1) Fundamos esta, nuestra opinión, no sólo en el texto mismo, sino que también en el sentir de literatos tan acreditados como Harzenbusch, Rosell, Valera, Asensio y Menéndez Pelayo, quienes unánimemente sostienen, por falta de sentimiento estético ó de la debida preparación histórica, ó más bien por influjo de ideas y pasiones extrañas á la contemplación desinteresada de la belleza, se ha juzgado mal y torcidamente la obra del primer moralista del mundo. Y para qué más testimonios, si el mismo Cervantes cerró la puerta á los comentarios de imaginaciones extravagantes y á infundadas interpretaciones, poniendo en boca de su héroe estas palabras: «Ahora digo que no ha sido sabio el autor de mi histo-

(1) De puras imaginaciones califica D. José M. Asensio, hombre concienzudo, que ha consagrado su larga vida literaria al estudio de las obras del Príncipe de los ingenios, las teorías filosóficas de D. Baldomero Villegas saca del *Ingenioso Hidalgo*; y añade que este comentario está absolutamente separado del texto de Cervantes. Pero como es un trabajo ingenioso, á no dudarlo, el *Estudio filológico*, lo mismo que su segunda parte *La revolución española*, y por añadidura, concebido con un espíritu sectario, de ahí que tenga cierta aceptación entre los que comiglan en sus mismas ideas, quienes seguramente no habrán leído tantos y tan juiciosos comentarios, debidos á los insignes escritores que llevamos indicados, y á otros extranjeros no menos celebrados.